

era más que un fanfarrón, se resignaba murmurando que ya encontraría ocasión de venganza; pero si era valiente, el encuentro terminaba casi siempre con un duelo á espaldas del palacio de Montague (1).

Las casas no estaban numeradas. Ciertó que de poca utilidad hubiera sido el numerarlas, pues que de los cocheros, lacayos, porteros y mandaderos de Londres, sólo muy pequeña parte sabía leer. Era necesario emplear señales que hasta los más ignorantes pudieran comprender, y las tiendas, por lo tanto, se distinguían por las pintadas muestras que daban aspecto alegre y grotesco á las calles. Desde Charing Cross á Whitechapel había una interminable serie de *cabezas de sarracenos, encinas reales, osos azules y corberos dorados*, que desaparecieron cuando ya no hacían falta para servir de norte á la gente del pueblo.

Cuando cerraba la noche, la dificultad y el peligro de andar por la ciudad subían de punto ciertamente. Abriáanse las ventanas de los desvanes, y se vaciaban las aguas sucias, con muy poco reparo de los que pudieran pasar por debajo. Las caídas, las magulladuras y el romperse los huesos ocurrían con la mayor frecuencia, porque hasta el último año del reinado de Carlos II, la mayor parte de las calles quedaron en la más profunda oscuridad. Los ladrones ejercían su oficio impunemente, y sin embargo aun no eran tan terribles para los ciudadanos pacíficos como otra especie de rufianes. Era diversión favorita de la juventud disoluta el recorrer la ciudad durante la noche, rompiendo los vidrios, atropellando las sillas

(1) *Lettres sur les Anglois*, escritas á principios del reinado de Jorge III; Swift's *City Shower*; Gay's, *Trivia*. Johnson contaba con frecuencia una curiosa conversación que había tenido con su madre acerca de dar ó tomar la acera.

de manos, apaleando la gente pacífica, y brindando rudas caricias á las mujeres. Desde la Restauración, se sucedieron varias dinastías de estos tiranuelos en el dominio de las calles. Los *Nuns* y los *Tityre Tus* habían sido reemplazados por los *Hectors*, y á éstos substituyeron los *Scourers*. Posteriormente vinieron los *Hercubile* y el más temible nombre de *Mohawk* (1).

XXX.

POLICÍA DE LONDRES.

El medio de que se valían entonces para mantener tranquilas las calles durante la noche, era por extremo singular. Había una ley municipal en cuya virtud debían rondar constantemente la ciudad desde la puesta hasta la salida del sol, más de mil serenos, y

(1) Oldham, *Imitación de la tercera sátira de Juvenal*, 1682. Shadwell's, *Scourers*, 1690. Con facilidad hallará otras muchas autoridades todo el que conozca la literatura popular de esta y de las generaciones siguientes. Es lícito sospechar que alguno de los *Tityre Tus*, como buen *caballero*, rompiese las ventanas de Milton poco después de la Restauración. Casi tengo la seguridad de que pensaba en aquel azote de Londres cuando dictaba estos hermosos versos:

And in luxurious cities, when the noise
Of riot ascends above their loftiest towers,
And injury and outrage, and when night
Darkens the streets, then wander forth the sons
Of Belial, flown with insolence and wine.

(Cuando la noche tiende su negro manto sobre las calles de las ricas ciudades, los hijos de Belial, á quienes la insolencia y el vino dan nuevos bríos, llevan por todas partes la injuria y el ultraje, y el ruido del tumulto llega más allá de las más altas torres).

que obligaba á todos los habitantes á turnar en este servicio. Pero la ley se cumplía con mucha negligencia. Pocos de los citados abandonaban sus casas, y esos pocos generalmente encontraban más agradable pasar la noche bebiendo en las cervecerías que recorriendo las calles (1).

XXXI.

ALUMBRADO DE LONDRES.

Debemos hacer particular mención del gran cambio introducido en la policía de Londres el último año del reinado de Carlos II; cambio que tal vez ha contribuido tanto á la felicidad de la gran mayoría del pueblo, como las revoluciones de más cuenta. Un ingenioso proyectista llamado Eduardo Heming obtuvo, por determinado número de años, privilegio exclusivo de alumbrar la ciudad de Londres. Empezó, obedeciendo á una consideración moderada, por colocar una luz de diez en diez casas, cuando no había luna, de seis á doce de la noche, empezando el día de San Miguel hasta el día de la Virgen. Los que ahora ven la capital durante todo el año, desde que anochece hasta que amanece, brillando con un resplandor en cuya comparación serían pálidas las iluminaciones de La Hogue y Blenheim, tal vez sonreirán desdeñosamente al pensar en los faroles de Heming, que ardían débilmente de diez en diez casas y durante una pequeña parte de cada tres no-

(1) Seymour's, London.

ches. Pero no lo entendían así los contemporáneos. Su plan fué aplaudido con entusiasmo y atacado con furor. Los amigos del progreso lo elevaron al nivel de los más grandes bienhechores de la ciudad. «¿Que eran—decían ellos—las alabadas invenciones de Arquímedes, en comparación de lo que había hecho el que trocó las sombras de la noche en la esplendente luz del medio día?» Á pesar de tan elocuentes elogios no faltaron defensores á la causa de la oscuridad. Y es que en aquella edad había necios que se oponían á la introducción de lo que se llamaba la nueva luz, con la misma obstinación que en nuestro tiempo ha habido algunos que se opusieron á la introducción de la vacuna y de los caminos de hierro; del mismo modo que en una época anterior á los albores de la historia hubo indudablemente quien se opuso á la introducción del arado y de la escritura alfabética.

Muchos años después de haberse concedido á Heming el privilegio exclusivo del alumbrado de Londres, aun había extensos barrios de la capital, donde lo mismo que antes, no existía un solo farol (1).

(1) *Anglia Metropolis*, 1690. Sect. 17, titulada «De las nuevas luces.» Seymour's, London.

XXXII

WHITEFRIARS.

Fácil nos será imaginar cuál debe haber sido en tales tiempos el estado de los barrios de Londres habitados por la escoria de la sociedad. Entre estos barrios uno alcanzó fama escandalosa. En los confines de la City y el Temple habíase fundado, el siglo XIII, un convento de frailes carmelitas, que se distinguían por sus blancas capuchas. El recinto de este convento había servido, desde antes de la Reforma, de asilo á los criminales, y aun conservaba el privilegio de proteger á los deudores contra el arresto. De consiguiente, todas las casas del barrio estaban habitadas, desde el sótano á la buhardilla, por tramposos. Una gran parte de éstos eran taimados y libertinos, á quienes seguían á aquel asilo mujeres de peor condición aún que ellos. El poder civil no podía mantener el orden en un distrito habitado de tales gentes, y por tal modo Whitefriars llegó á ser centro favorito de todos los que deseaban emanciparse de la sujeción de las leyes.

Aunque la inmunidad que por ley pertenecía al barrio sólo se extendía á los insolventes, asesinos, testigos falsos, conspiradores y bandidos hallaban allí refugio, y entre una multitud tan desalmada no se hallaba segura la vida de ningún representante de la justicia. Al grito de *¡Favor!* matones armados de espadas y garrotes, y viejas belicosas con asadores y mangos de escoba, acudían á centenares,

y el intruso podía considerarse venturoso si lograba refugiarse en la calle de Fleet, zurrado, despojado y remojado. Las órdenes del mismo Chief Justice de Inglaterra no podían cumplirse, á no contar en su ayuda con una compañía de mosqueteros. Tales restos de la antigua barbarie se encontraban á muy poca distancia del sitio donde Somer estudiaba la historia y las leyes, de la capilla donde Tillotson predicaba, del café donde Dryden hacía la crítica de los poemas y comedias, y del salón donde la Sociedad Real examinaba el sistema astronómico de Isaac Newton (1).

XXXIII.

LA CORTE.

Cada una de las dos ciudades que formaban la capital de Inglaterra tenía su peculiar centro de reunión. En la metrópoli del comercio, el punto de convergencia era la Bolsa; en la metrópoli de la moda el Palacio; pero el Palacio no mantuvo su influencia tanto tiempo como la Bolsa. La Revolución alteró completamente las relaciones entre la Corte y todas las clases de la sociedad. Fuese notando gradualmente que el Rey podía dar muy poco; que los títulos de nobleza y las Jarretieras, los obispados y embajadas, la presidencia del Tesoro y las contadurías de Hacienda y aun los cargos referentes á la Real persona y al regío dormitorio, se concedían, en reali-

(1) Stowe's, *Survey of London*; Shadwell's, *Squire of Alsatia*; Ward's, *London Spy*; Stat. 8 y 9, Gul. III, cap. 27.

dad, no por él sino por sus consejeros. Los ambiciosos y codiciosos muy pronto notaron que si habían de prosperar, mejor lo conseguirían adquiriendo un distrito y prestando buenos servicios al Ministerio en una sesión crítica, que convirtiéndose en compañeros ó aun en favoritos del Príncipe. Por lo tanto, á las antecámaras, no de Jorge I ó de Jorge II, sino de Walpole y de Pelham, era donde diariamente acudían en masa los cortesanos.

Debe también notarse, que la misma revolución que hizo imposible á los Reyes de Inglaterra seguir influyendo en el Estado, sólo con el propósito de favorecer á sus predilectos, produjo varios Monarcas incapaces por su educación y por sus hábitos de ser cortesanos y afables huéspedes. Habían nacido y se habían educado en el continente; nunca consideraron á Inglaterra como su patria; si hablaban el inglés lo hacían con poca elegancia y mucho trabajo; no llegaron á comprender nunca el carácter nacional, y los modales ingleses apenas intentaron adquirirlos. El más importante de sus deberes lo cumplían mejor que ninguno de cuantos les habían precedido, porque gobernaban estrictamente según la ley; pero no podían ser los primeros caballeros del Reino, ni los jefes de la sociedad elegante, y si alguna vez querían llegar á serlo, lo hacían en un pequeño círculo, donde apenas se veía un rostro inglés, y nunca se consideraban más felices que cuando lograban escapar, durante un verano, á su tierra nativa. Cierto que tenían sus días de recepción para la nobleza y la *gentry*; pero la recepción era mera fórmula, y al fin llegó á ser ceremonia tan solemne como un funeral.

No era así ciertamente la corte de Carlos II. Whitehall, mientras él vivió allí, fue asiento de las intrigas políticas y de la buena sociedad. La mitad de los agio-

tistas y de los libertinos de la capital frecuentaba su palacio; todos los que lograban hacérsele agradables, ó podían contar con los buenos oficios de la favorita, tenían seguro el medrar y prosperar en el mundo sin prestar ningún servicio al Gobierno, ni ser siquiera conocidos de vista de ningún Ministro. Este cortesano obtenía el mando de una fragata; aquél una compañía; un tercero el perdón de un rico criminal; otro la concesión de tierras de la Corona en muy buenas condiciones. Si el Rey manifestaba deseo de que un mal abogado fuese nombrado juez, ó de que un noble libertino fuese creado Par, los más graves consejeros, después de murmurar un espacio, se sometían á sus caprichos (1). El interés, por lo tanto, tenía constantemente una multitud de pretendientes á las puertas de palacio, y aquellas puertas estaban siempre de par en par. El Rey concedía audiencia diariamente y durante todo el día á la buena sociedad de Londres, á excepción tan solo de los whigs exaltados. Cualquiera caballero podía llegar con la mayor facilidad hasta la presencia del Rey. La corte del Monarca era exactamente lo que indica la palabra. Algunos nobles venían todas las mañanas á visitar á su amo, á departir con él mientras le rizaban la peluca y le ponían la corbata, y á acompañarlo en su paseo matutino por el Parque. Todas las personas que habían sido presentadas en forma, podían, sin invitación especial, ir á verle comer, cenar, bailar y jugar á los naipes, y hasta podían tener el gusto de oírle contar cuentos, cosa que hacía con verdadera gracia, refiriendo su fuga de Worcester y las miserias que había

(1) Véase la descripción que trae Sir Roger North de cómo Wright fué hecho juez; y la de Clarendón de cómo Sir Jorge Savile fué nombrado Par.

sufrido mientras fué prisionero de guerra de los hipócritas predicadores escoceses. Aquellos de los circunstancias á quienes S. M. conocía, obtenían de él á menudo frases corteses, lo cual era para la causa de la Monarquía mucho más provechoso que las cualidades que habían tenido su padre y su abuelo. No era fácil al más austero republicano de la escuela de Marvel resistir á la fascinación de tan constante buen humor y de tanta afabilidad; y muchos *caballeros* veteranos, en cuyo corazón mantenía vivo el resentimiento el recuerdo de sacrificios y servicios no pagados en veinte años, se juzgaban plenamente compensados, en un momento, de las heridas y confiscaciones sufridas, con el ligero saludo de su Soberano, acompañado de la frase: «Bendigaos Dios, mi buen amigo.»

Whitehall llegó naturalmente á ser el principal centro de noticias. Siempre que corría el rumor de que algo importante había sucedido ó estaba á punto de suceder, la gente acudía allí á infomarse en las mejores fuentes. Las galerías presentaban el aspecto de los modernos *clubs* en día de acontecimientos, y se veían llenas de gente preguntando si había llegado el correo de Holanda; qué noticias había traído el expreso de Francia; si Juan Sobiesky había derrotado á los turcos, ó si el Dux de Génova estaba realmente en París. De todo esto podían hablar las gentes sin peligro en voz alta; pero había otras cosas que se preguntaban y se contestaban en voz baja. ¿Había vencido Halifax á Rochester? ¿Se convocaría el Parlamento? ¿Iba en realidad el Duque de York á Escocia? ¿Era cierto que se había llamado á Monmouth, del Haya? Todos trataban de leer en el rostro de los Ministros cuando iban y venían, á través de la multitud, al cuarto del Rey; y deducían toda clase de

augurios del tono en que S. M. hablaba al Lord Presidente, ó de la risa con que honraba S. M. el chiste del Canciller privado, y en pocas horas las esperanzas y temores inspirados por tan leves indicios llegaban á todos los cafés, desde Saint James hasta la Torre (1).

XXXIV.

LOS CAFÉS.

No debemos mencionar los cafés sólo ligeramente y de pasada. En aquel tiempo no hubiera sido impropio decir que el café era una de las instituciones políticas más importantes. Ningún Parlamento había durado años enteros. El Consejo municipal de la *City* no representaba ya la opinión general del pueblo. Las reuniones públicas, las arengas, las resoluciones y todos los otros recursos modernos de agitación aun no se habían puesto de moda. Nada semejante á los actuales periódicos existía. En tales circunstancias eran los cafés el órgano principal de la opinión pública en la Metrópoli.

Había fundado el primero de estos establecimientos, en tiempo de la República, un comerciante de géneros de Turquía que, en su frecuente trato con los mahometanos, tomó grande afición á su bebida

(1) Las fuentes á que he acudido para esta descripción del estado de la Corte, son demasiado numerosas para hacer de cada una mención especial. Entre las principales figuran los despachos de Barillon, Citters, Ronquillo y Adda; los *Viajes del Gran Duque Cosme*; los *Diarios* de Pepys, Evelyn y Teonges, y las *Memorias* de Grammont y Reresby.

favorita. Era tal la conveniencia de poder reunirse en cualquier parte de la ciudad y de pasar las noches en agradable reunión á poca costa, que la moda cundió con gran rapidez. Toda persona, así de la alta sociedad, como de la clase media, iba diariamente al café á enterarse de las últimas noticias y á discutir las. Cada café tenía uno ó más oradores á quienes la multitud escuchaba con admiración, y que llegaron presto á ser lo que en nuestros días se ha llamado á los periodistas, esto es, cuarto poder del Estado. Durante mucho tiempo había visto la Corte con disgusto el desarrollo del nuevo poder. Durante la administración de Danby habíase intentado cerrar los cafés, pero los hombres de todos los partidos echaron de menos su habitual centro de reunión hasta el punto de que muy pronto fué universal el disgusto. No se aventuró el Gobierno á llevar adelante, oponiéndose á un sentimiento tan fuerte y general, el cumplimiento de una disposición cuya legalidad podía ponerse en duda. Habían transcurrido, desde que esto sucedió, diez años, durante los cuales el número é influencia de los cafés fué creciendo siempre. Los extranjeros decían que el café era lo que especialmente distinguía á Londres de todas las demás ciudades; que el café era la casa del londinense, y que quien deseaba encontrar á cualquier caballero, no preguntaba generalmente si vivía en Fleet Street ó en Chancery Lane, sino si iba al café *Griego* ó al *Arco Iris*. Nadie era excluído de los cafés, con tal de pagar su penique en el mostrador. Y sin embargo, todas las clases y profesiones, todas las distintas opiniones, así políticas como religiosas, tenían sus centros especiales de reunión.

Había cafés cerca de Saint James's Park, donde se reunían los elegantes, cuya cabeza y hombros cu-

brían pelucas negras ó rubias, no menos disformes que las que ahora usan el Canciller y el *Speaker* de la Cámara de los Comunes. La moda de las pelucas había venido de París, como el resto de lo que constituía el traje del caballero á la moda: la casaca bordada, los guantes con cadeneta y la borla que pendía de la cinta que sujetaba el calzón corto.

La conversación era en aquel dialecto, que continuaba siendo alegría de los teatros en boca de Lord Foppington, mucho tiempo después de haberse abandonado en los círculos elegantes (1). La atmósfera era como la de la tienda de un perfumista, pues el tabaco en otra forma que no fuese la de finísimo polvo, era reputado de abominable por los elegantes. Si cualquier plebeyo, ignorando las costumbres de la casa, pedía una pipa, la burla de todos los asistentes y las breves respuestas de los mozos pronto le convencían de que lo mejor que podía hacer era irse á cualquiera otra parte. Cierito que no tenía que andar mucho, porque los cafés con el humo del tabaco tenían el aspecto de cuerpos de guardia, y los extranjeros manifestaban su sorpresa al ver que tanta gente abandonase sus hogares para tomar asiento en medio de aquel humo y de aquel hedor insoportables. En ningún sitio se fumaba tanto como en el café de Will. Aquel célebre café, situado entre Covent Garden y Bow Street, estaba consagrado á las bellas letras. Allí sólo se hablaba del mérito de los poetas y de las unidades de tiempo

(1) La más notable peculiaridad de este dialecto era que en muchas palabras la *o* sonaba como *a*. Así, la palabra *stork* (ci-güeña), se pronunciaba *stark* (fuerte). Véase Vanbrugh's, *Relapse*. Lord Sunderland era gran maestro de esta *música cortesana*, según la frase de Roger North; y Tito Oates procuraba hablar siempre de este modo, á fin de darse aires de persona distinguida. *Evening*, 77, 254.

y lugar. Un partido defendía á Perrault y á los modernos, mientras que otro estaba por Boileau y los antiguos. En un grupo se discutía si el *Paraiso Perdido* debía ó no haberse escrito en rima. En otro, un envidioso poetastro se empeñaba en demostrar que *Venecia Salvada* no debía de haberse puesto en escena. En ningún sitio como aquel podía verse multitud más heterogénea. Condes con el pecho cubierto de condecoraciones y ostentando la jarretiera; clérigos de larga sotana y alzacuello; locuaces estudiantes de leyes; tímidos jóvenes de las Universidades, y traductores y confeccionadores de índices, que se distinguían por sus raídas casacas. Pero el deseo de todos era sentarse cerca de la silla de Juan Dryden. En invierno, aquella silla se colocaba en el mejor sitio, al lado del fuego, y en verano en el balcón. Acercarse á saludarle y oír su opinión acerca de la última tragedia de Racine ó del tratado de poesía épica de Le Bossu, era considerado como una honra. Un polvo de su caja de rapé era favor bastante á trastornar la cabeza de cualquier joven entusiasta. Había también cafés donde se podía consultar á los primeros médicos de Londres. El Dr. Juan Radcliffe, que en 1685 era el más famoso de la ciudad, iba todos los días, á la hora en que la Bolsa estaba llena, desde su casa de Bow-Street, que era entonces uno de los sitios más elegantes de la capital, al café de *Garraway*, donde se le veía rodeado de boticarios y cirujanos en una mesa particular. Había cafés puritanos donde no se oía ni una mala palabra, y en los cuales, gente de liso peinado discutía con voz gangosa sobre los elegidos y los réprobos; cafés de judíos, donde se reunían los ojinegros cambistas de Venecia y de Amsterdam, y cafés católicos donde, según creían los buenos protestantes, trazaban sus planes los jesuitas, tratando,

entre sorbo y sorbo, de otro gran incendio y de fundir balas de plata con que matar al Rey (1).

Estos hábitos de sociabilidad influyeron mucho en la formación del carácter del londinense de aquellos tiempos. Era en realidad un sér distinto de los Ingleses del resto del país. No existían entonces las relaciones que ahora entre los habitantes de la ciudad y los del campo. Sólo los grandes señores tenían costumbre de repartir el año entre la ciudad y el campo. Muy pocos *squires* (2) iban á la ciudad tres veces en su vida, ni era entonces costumbre que la gente acomodada saliese durante el verano á respirar el aire del campo y de los bosques algunas semanas. Un vecino de Londres causaba en cualquier aldea la misma sorpresa que hubiera producido en un kraal de hotentotes. Por otra parte, cuando un propietario del Lincolnshire ó del Shropshire aparecía en Fleet Street, se le conocía tan fácilmente como si hubiera sido turco ó indio. Su traje, su aspecto, su acento, su manera de quedarse contemplando las tiendas; el verle andar por los charcos, tropezar con los mozos de cordel ó permanecer parado, recibiendo el agua de los canales, le señalaban desde luego como á propósito para las bromas de la gente de humor y como víctima de los estafadores. Los valentones lo empujaban de la acera al arroyo; los cocheros de plaza lo salpica-

(1) *Lettres sur les Anglois*; Tom Brown's, *Tour*; Ward's, *London Spy*; *The Character of a Coffee-House*, 1673; *Rules and Orders of the Coffee-House*, 1674; *Coffee-Houses vin icated*, 1675; *A Satyr against Coffee*; North's, *Examen*, 138; *Life of Guildford*, 152; *Life of Sir Dudley North*, 149; *Life of Dr. Radcliffe*, publicada por Curll en 1715. En la *City and Country Mouse* puede verse la más bella descripción del café de Will. Un pasaje muy notable acerca de la influencia de los oradores de café se encuentra en Halstead, *Succinct Genealogies*, 1685.

(2) Véase el Apéndice, —N. del T.

ban de lodo de pies á cabeza, y mientras consideraban extasiado la magnífica procesión del lord Mayor, los rateros exploraban con toda tranquilidad los bolsillos de su inmenso gabán. Ladrones marcados del látigo del verdugo, eran para él los más amables caballeros; las pintadas mujerzuelas, hez y escoria de Lewkner Lane y Whetstone Park, eran para él condesas y damas de honor; si preguntaba por dónde se iba á Saint-James, lo enviaban á Mile-End; si entraba en una tienda, en seguida le presentaban lo que nadie quería comprar: bordados que ya habían pasado de moda, sortijas de metal y relojes que no andaban. Si por casualidad llegaba á entrar en un café elegante, muy luego era blanco de las insolencias de los petimetres y de las aun más graves burlas de los estudiantes. Furioso y mortificado, regresaba entonces á su hogar, donde con el respeto de sus colonos y las conversaciones de sus alegres compañeros, olvidaba las burlas, las humillaciones y los disgustos que había sufrido. Allí creía de nuevo ser magnate, y no concebía nada que le fuese superior, excepto cuando en el tribunal tomaba asiento en el banco al lado del Juez ó cuando en las revistas de la Milicia desfilaba por delante del lord Lugarteniente.

XXXV.

DIFICULTAD DE LOS VIAJES.

La causa que principalmente se oponía á la fusión de los diferentes elementos de la sociedad, era la extrema dificultad que hallaban nuestros antepasados en trasladarse de un lugar á otro. De todas las invenciones, á excepción del alfabeto y de la imprenta, las

que más han contribuído al adelantamiento de la especie humana, han sido aquellas que sirvieron á abreviar las distancias. Todo adelantamiento en los medios de locomoción es tan beneficioso á la humanidad, moral é intelectualmente, como desde el punto de vista material; y no sólo facilita el cambio de los diferentes productos de la naturaleza y del arte, sino que tiende á remover antipatías nacionales y provinciales, y á estrechar más y más las distintas ramas de la gran familia humana. En el siglo xvii los habitantes de Londres estaban, para casi todas las prácticas de la vida, más lejos de Reading que ahora de Edimburgo, y mas aún de Edimburgo que hoy de Viena.

Los súbditos de Carlos II no eran completamente extraños á aquel principio que en nuestros tiempos ha producido una revolución sin precedentes en las relaciones humanas; que permite á los navíos avanzar contra viento y marea, y á batallones enteros con su bagaje y artillería atravesar extensos reinos á un paso igual al de los más veloces corceles. El Marqués de Worcester había ya observado, por este tiempo, la fuerza expansiva del agua rarificada por el calor. Después de muchos experimentos había logrado construir una ruda máquina de vapor, que llamaba *máquina de agua y fuego*, y que decía ser un admirable y poderoso instrumento de impulsión (1); pero el Marqués era tenido por loco, y además era conocido como papista: su invención no halló, por tanto, favorable acogida, y su máquina de agua y fuego podía á lo más ser asunto de conversación en una sesión de la Sociedad Real, mas no tuvo absolutamente aplicación práctica. No había entonces caminos de carriles, excepto algunos, que se habían hecho de madera, desde

(1) *Century of Inventions*, 1663, núm. 62.